


NORMAN MAILLER

América



 ANAGRAMA
Panorama de narrativas

CARTA ABIERTA A FIDEL CASTRO

Querido Fidel Castro:

No he dicho nada en público sobre usted ni sobre su país desde que firmé una declaración el año pasado junto a Baldwin, Capote, Sartre y Tynan, en la que decíamos creer en el «juego limpio con Cuba». Pero ahora tengo edad suficiente para pensar que es preciso ser fiel a la verdad que uno sostiene. Por eso, Fidel Castro, anuncio a la ciudad de Nueva York que usted no dio a todos los que estamos solos en este país, y que en general no hablamos entre nosotros, la sensación de que aún quedan héroes en el mundo. A medida que, por los periódicos, nos enterábamos de los detalles de su viaje, sentíamos latir la vida en nuestra sangre helada y dominada por las discusiones.

Pero voy demasiado rápido. Puesto que se trata de una carta abierta y que, por tanto, tiene tanto significado para el pueblo de Nueva York como para usted mismo, supongo que debo referirme antes a algunos acontecimientos que a usted le resultarán más que familiares.

En diciembre de 1956 desembarcó usted cerca de Niquero, en el Oriente de Cuba, con ochenta y dos hombres y unas pocas armas. Su plan era poner en marcha una insurrección que liberara a Cuba de Batista en unas cuantas semanas. Sin embargo, en los primeros días perdió a todos los hombres, salvo doce, y tuvo que deambular por campos y bosques en la oscuridad, sin verdadero alimento ni agua, viviendo de la caña de azúcar

durante cinco días y cinco noches. En el peor momento de este desastre anunció usted a los escasos hombres que aún le quedaban: «Los días de la dictadura están contados.»

«Este hombre está loco», admire haberse dicho uno de ellos.

Necesitó más de veinte días para llegar a la cima de Pico Turquino, el punto más elevado de Cuba, en Sierra Maestra. Llegó la víspera de Navidad y estuvo allí dos años. Durante casi todo ese tiempo no fue más que un símbolo.

Por Cuba corrió la voz de que doce hombres vivían en la cumbre de una montaña, doce hombres que habían jurado destruir la tiranía. Era increíble. ¡Cuánto llegó a significar esta señal de independencia! Día tras día, mes tras mes, fue creciendo en Cuba un espíritu de rebelión.

A medida que crecía el movimiento clandestino, se iban perfeccionando los métodos de tortura de Batista, sus excesos, sus asesinatos, sus atrocidades inenarrables, tan poco disimuladas y tan viles que el dictador terminó por perder el apoyo de sectores ricos y bien nacidos, precisamente lo mejor de su sostén.

En esos dos años su ejército fue tomando conciencia de sí mismo, su habilidad como jefe militar se hizo arte, su talento diplomático desenmarañó las complejidades de un movimiento clandestino asfixiado por facciones y antiguos antagonismos.

Sobrevivió usted a escaramuzas, negociaciones y batallas; sufrió una derrota importante y se recuperó con la suficiente rapidez como para mantener a distancia a catorce batallones del ejército de Batista con no más de trescientos hombres propios, y finalmente salió de las montañas para derrotar a un ejército de treinta mil soldados profesionales. Dos años y un mes después del desastre de su desembarco, estaba en condiciones de entrar triunfalmente en La Habana.

Aquello no carecía de heroísmo. La verdad, era digno de Cortés.

Era como si el fantasma de Cortés hubiera aparecido en nuestro siglo montando el caballo blanco de Zapata. Fue usted

el primero y el mayor héroe que se conoció en todo el mundo después de la Segunda Guerra Mundial.

Pero lo mejor era que tenía usted un rostro. Uno tenía amigos con rostros como el suyo. En silencio, muchos de nosotros le apoyábamos. En silencio. No teníamos una organización para dirigirnos a usted, hablábamos muy poco de usted, decíamos: «Castro, buen tipo», y no hacíamos nada, pero todo el tiempo nos permitía usted pensar en que no todo estaba perdido. Un nuevo espíritu reinaba desde su entrada en La Habana. Creo que ha de reconocérsele el mérito, al menos en parte, del nuevo y mejor ambiente que ha ido llegando a este país.

Ahora bien, una vez ganada su guerra, no sintió usted amistad por mi país. Estaba vivo el amargo recuerdo de nuestros embajadores, Gardner y Smith, y las fotografías en las que tan a menudo se habían mostrado junto a Batista y sus amigos; estaba vivo el recuerdo de los cohetes noramericanos que se habían vendido al gobierno cubano en el momento en que la fuerza aérea de Batista incendiaba las chozas de los campesinos en la sierra: estaban los titulares de los periódicos de Cuba—DULLES! BRINDA POR BATISTA—, que aparecieron el día anterior a la celebración de la última falsa elección del dictador. Sin duda se habrá preguntado usted por qué Dulles había elegido precisamente ese día para visitar al embajador Arroyo en la embajada de Cuba en Washington. Y también se habrá preguntado por qué nuestros periódicos decidieron llevar a la imprenta tantos cuentos de Batista acerca del comunismo de Fidel Castro.

Sin embargo, la situación no era tan mala. Gran parte de nuestra prensa le trató bien aquí y algunos de nuestros diarios y revistas más importantes dieron la bienvenida a su victoria. Una ola general de felicitaciones recorrió nuestros medios de comunicación de masas. Por unos días fue usted popular en Estados Unidos.

Luego usted llevó a cabo las primeras ejecuciones públicas. Supongo que la tragedia no puede existir sin ironía. Si a los hom-

1. Allen W. Dulles, a la sazón director de la CIA. (N. del T.)

bres de Batista, a todos, los quinientos que eran, se les hubiese disparado en sus casas, en sus bares, en los automóviles en los que huían, nuestros periódicos lo habrían lamentado, pero lo habrían atribuido a los excesos de un ejército victorioso, lo habrían interpretado como venganza contra los asesinos de Batista.

Sin embargo, usted tenía interés en la justicia, en la proclamación, en la propaganda, y le decía al pueblo cubano: «No soy un bandido como los que me precedieron, soy el líder de una revolución, ejecuto a los torturadores del pasado ante los ojos del presente.»

Nuestros periódicos estallaron contra usted. Se valieron de las ejecuciones para condenar el régimen en su totalidad. Se hubiera pensado que era usted casi el sucesor de Adolf Hitler por la manera en que lo vituperaban porque quinientos partidarios de Batista habían sido condenados a muerte en juicios con espectáculo público, quinientos asesinos que habían cercenado las cabezas, aplastado los corazones y desfigurado los genitales de vuestros hombres y vuestras mujeres. Lo peor de nuestra prensa chillaba de furia y de terror. Como si usted en persona los hubiese marado.

Y así era. Al igual que Bolívar, enviaba usted el viento de una nueva rebelión a nuestros pulmones. Hacia usted posible que volviéramos a respirar. Usted colaboraba en nuestra guerra.

Pero no sé si usted comprende nuestra guerra aquí.

En Cuba, el odio se precipita en el amor por la sangre; en Estados Unidos, muy pocos son los golpes que se descargan sobre la carne; aquí matamos el espíritu, somos expertos en eso. Utilizamos balas psicológicas y nos matamos unos a otros célula a célula.

Vivimos en un país completamente distinto de Cuba. Aquí hemos tenido una tiranía, pero no con las características de la de Batista; era una tiranía que se respiraba, pero que no se podía definir; que se sentía apenas como un lento adormecimiento de mejores posibilidades, una tensión que no podíamos nombrar y que era la suma de nuestras frustraciones. Todos sabíamos que los mejores de nosotros consumíamos nuestros recuerdos en largos no-

ches de bebida y nos agotábamos la vista en viajes mentales secretos; nuestros hombres y nuestras mujeres más estables y con un poco de buena voluntad observaban el paso de los años... y su idealismo se hundía en la apatía. Desde el punto de vista legal, teníamos una prensa libre, pero casi nadie exponía sus pensamientos. Por costumbre, votábamos en libertad; pero ¿hubo alguna vez elección posible? Éramos un conjunto de hombres derrotados y silenciosos que ni siquiera podíamos ponernos de acuerdo sobre cuáles eran las verdaderas batallas que habíamos perdido. En silencio le dabamos a usted nuestro apoyo. Usted nos ayudaba, nos proporcionaba municiones psíquicas, nos ayudaba en aquella desesperada lucha silenciosa que con corazones secos y mortecinos habíamos estado librando contra el frío e insidioso cínico del poder que nos gobierna; nos daba renovada sangre para enfrentarnos a nuestros medios de comunicación, nuestra policía, nuestra policía secreta, nuestras corporaciones, nuestros políticos bueros, nuestro clero, nuestros editores, nuestros matones fríos, atemorizados y desconcertados, que gobiernan una maquinaria hecha de gente a la que ya no entendemos; usted nos daba la esperanza de que ya no volverían a ser siempre ellos los ganadores.

Ésta es la razón por la que Estados Unidos le perseguía. Ésta es la razón por la cual nuestros periódicos producían sus sutiles distorsiones, mentían acerca de sus logros, ensuciaban su nombre, escribían en una prosa escandalosa que estaba usted enfermo y que seguramente moriría en pocos meses, y más fie-risosos se ponían cuando usted no moría y en Cuba no surgía un poder aceptable para Estados Unidos y capaz de arrebatárselo a usted el suyo. Ésta es la razón por la cual se burlaron de su discurso en las Naciones Unidas.

Habían informado de que estaba usted muy enfermo, pero para ellos el hecho de que hablara cuatro horas y media no era precisamente un certificado de credibilidad. ¿Cómo puede alguien hablar tanto?, dicen entonces con una risita nerviosa. Tiene que ser un compulsivo. No admíen ante sí mismos que en este país nadie se atreva a hablar más de cuatro minutos y medio sin contradecirse.

Ahora, en este momento, disgustado por la porquería de los cerebros más sucios de nuestro país, descorazonado ante la imposibilidad de ser objeto de un informe justo de nuestra parte, está usted evidentemente dispuesto a confiar su destino político a Jruschov. No conozco las complejidades de la situación. Tal vez nadie las conozca. Aquí oímos decir de todo: que se ha entregado por completo a los rusos, que todavía es dueño de sí mismo. Las combinaciones son infinitas. Lo que nos preocupa es que la cantidad de hechos es tan grande que no estamos en condiciones de juzgar si lo que leemos es la verdad.

Conjeturaría que usted no ha sido nunca comunista y que no lo es ahora —ha tenido usted siempre una visión demasiado personal para ser comunista—, pensaría de usted, señor, que llegó al poder dispuesto a hacer una revolución que diera más dignidad al pueblo y que se sintió simplemente desconcertado cuando le cayó encima la presión de la prensa norteamericana. Quiero suponer que fue entonces cuando prestó oído a los comunistas, que tendrían un gran argumento: «Mira —debieron de decir—, ¿por qué creer en las mentiras de Estados Unidos sobre los comunistas, por qué creer en ellas cuando tienes a la vista cómo mienten sobre ti?»

Es verdad que mentimos sobre los comunistas. Pero ellos también mienten. Nosotros asfixiamos la vida de millones de personas por hipocresía y a continuación afirmamos que somos la esperanza de la civilización; ellos liquidan la vida de millones de personas y sostienen que son la imaginación del futuro.

Naturalmente, tal vez no sea agradable oír esto ahora. Tiene usted un nuevo amigo. Fue un buen amigo para usted en el momento en que mi país lo condenó. Usted es latino. Su honor consiste en ser leal. Sin embargo, tengo que decir que, siendo uno de sus simpatizantes, no confío en su nuevo amigo. Es un astuto matón campesino. Pero un intelectual no debe olvidar que llegó al poder gracias a una habilidad excepcional: fue capaz de vivir como una pulga en la espesa cola de un viejo oso salvaje llamado Iósif Stalin; este viejo oso se distinguía por comerse la cola. Al final, Jruschov fue la única pulga fuerte que

quedaba. Tal vez era la pulgita más próxima a la raíz. A partir de allí creció hasta alcanzar el tamaño de un hombre.

Naturalmente, puede que no le guste oír estas palabras acerca de Jruschov. En un momento en que nuestros principales periódicos hacían correr verdaderos chismes de pueblo sobre las condiciones en que dejaba usted sus habitaciones en uno de nuestros hoteles de Nueva York (en qué condiciones habrían quedado esas mismas habitaciones después de una convención de vendedores norteamericanos, es lo que debiera haber preguntado usted), en un momento en que no podía dar un paso en nuestra ciudad sin que al día siguiente los periódicos lo calificaran de actor siniestro de locura, Jruschov tuvo la genialidad de besarle en la mejilla para nuestros fotógrafos y, de esa manera, restaurar su honor.

Tiene buenas maneras este hombre: me imagino que una parte de usted lo querrá para siempre por el beso de aquel día. Pero los revolucionarios no son lo mismo que los comisarios, y un beso de uno no es lo mismo que un beso del otro. Jruschov besó a muchos antes que a usted y firmó luego los papeles con los que se los eliminaba para siempre. Él es un comisario y a los comisarios les encanta besar. Pero los comisarios nunca han hecho una revolución.

De esta manera, Jruschov nunca podrá comprender que es usted una persona seria. Pensará que él es realista y que usted es un actor. Según su lógica, los realistas perduran, mientras que a los actores se los puede reemplazar. Jruschov nunca comprenderá que cuando un líder carece de autoridad personal, el país se hunde en la autoridad de las relaciones públicas, tiene un vacío en el centro. Jruschov nunca entenderá que la fuerza de Cuba no se debe a las armas que le dieron los comunistas, sino a que todavía hay mucha gente que cree en usted, que le grita para que se ponga a cubierto cuando habla bajo la lluvia.

¡Mire! Palabras sencillas. Me entero por la fuente de una fuente que ahora la situación es mala en su país. Oigo decir que los comunistas controlan Cuba y le tienen a usted encerrado en la prisión psíquica de su cerco. Oigo decir que le mani-

pullan para hacerle decir las cosas que más irritan a nuestra prensa, con el fin de que ésta le devuelva el golpe de la manera que a usted más le irrite. A cada paso de esta lógica usted desconfía menos de sus nuevos amigos, odia más a Estados Unidos y comienza así a prepararse para una guerra que incluso empezará a desear como calmante de la locura personal, tanta es su rabia por los monumentos de *mierda*¹ depositados sobre la cruz de su expedición desde la cumbre hasta la ciudad, tanta es su angustia por la bazofia que tiene que respirar para mantener viva la simple idea del aire de montaña: el deber de liberar al pueblo y darle la vida. Es lo que oigo. No quiero creerlo, pero no puedo seguir ignorando lo que oigo, porque mis fuentes privadas son personas que todavía simpatizan con Cuba y con usted. Y esas fuentes continuán con la declaración de que los comunistas quieren que Estados Unidos ataque. Su esperanza—así prosigue el argumento de mi fuente—es que Estados Unidos se sienta incitada por usted a invadir Cuba, crear una nueva Corea y alienar para siempre al pueblo de Latinoamérica y de Sudamérica. Como estrategia comunista es excelente. Por supuesto Cuba perderá otros cincuenta y ocho años. Pero los comunistas están acostumbrados a tratar a las naciones pequeñas como prescindibles, pues el sacrificio de sus acólitos forma parte de su orgullo.

Para ellos no es tan difícil. En el otro país no matan gente: la liquidan. Hay personas que resultan fascinantes, son demasiado ricas en su fuero interno. El Estado no se ocupa de proveerlas. Desaparecen. Sus amigos no saben siquiera si están muertas, no pueden ofrecer un funeral en su memoria. Sólo se sabe que es mejor no hablar del amigo desaparecido. Una nueva vergüenza cubre la otra. El recuerdo del pasado se sumerge en una nebulosa.

Fidel, ¿es esto lo que quiere usted para Cuba, para su Cuba tan viva?

No puedo creerlo. Su pueblo ha soportado demasiado. No

1. En castellano en el original (*N. del T.*)

es mera estadística. No puede usted desear que en la nueva Cuba su gente hable como máquinas del Estado. No puede. Debe usted ganar el poder, no someterse a él. Por eso, no prescinda usted tan rápidamente de mi país.

Sé que es un mal sitio, sé perfectamente lo malo que es, sé que a millones de personas se las arrancará de la existencia aquí, en el centro de la prosperidad, aletargadas por la inercia de una vida incapaz de encontrar amor. Sin embargo, hay algo que se puede decir en favor de mi país. Se me permite expresar mi pensamiento como nunca pude hacerlo en el otro país. Usted, que es poeta, sabrá que ésta es una libertad sin la cual algunos de nosotros no queremos vivir.

Además, en mi país posiblemente la gente sea mejor que su gobierno: podría llegar a comprenderle si quisiera usted pensar en cómo hablamos.

No creo que la manera adecuada sea escuchar a sus asesores actuales. Haría mejor en contratar a un especialista en relaciones públicas de nuestra Madison Avenue. Son corruptos. Tan corruptos son nuestros hombres de Madison que trabajarán para usted con la misma eficiencia que para las empresas. En realidad, lo harán mejor aún. A estas alturas, odian a nuestro país más que usted, porque lo conocen mejor.

Humor de dudosa calidad. Sepa perdonarlo. Tengo una propuesta. Dirija usted una carta abierta en su nombre a Ernest Hemingway. Muchos —yo entre ellos— dirían que ha sido nuestro mayor escritor. No cabe duda de que fue el creador de mi generación, que fue él quien nos habló de ser valientes en un mundo malo y de estar dispuestos a morir solos.

En realidad, Hemingway teme a nuestro país. Es un viejo muy valiente, creo, pero no tiene un detector de cáncer, de modo que está lejos de nosotros, de nuestra ciudad cargada de aire contaminado y obsesionada por los átomos. Él prefiere Cuba, como sin duda sabe usted. Allí vivió, con interrupciones, durante veinte años. Ya no nos escribe. Tal vez una carta de vez en cuando. Ya no hablamos de él. Algunos estamos resentidos con él. Tenemos la sensación de que nos ha abandonado

do y que no ha producido ninguna obra de calidad suficiente como para justificar su silencio.

Muchos de nosotros maldeciremos su memoria si muere en silencio.

Así las cosas, hágale un favor al viejo, envíele una invitación para que regrese a Cuba, a costa de él o de usted. Tal vez no quiera ir. Tiene una obra entre manos, un libro en el que está trabajando desde hace quince años. Si este libro va bien, interrumpirlo sería para él un sacrificio excesivo. Pero también puede que no le importe una interrupción. En los últimos quince años ha interrumpido esta obra muchas veces para escribir otras cosas. Tal vez considere que no sea tan malo hablar de usted. Si Hemingway acepta, tiene usted la obligación, ante quienes nos preocupamos por su destino, de dejarle decir al mundo si le gusta o no lo que con usted está ocurriendo.

Demuestre al mundo que permite que un premio Nobel de Literatura que habla la lengua del país viaje por doquier, sin que nadie lo moleste, sin obstáculos, sin que nadie le adoctrine. Déjele ir, déjele conocerle si lo desea y abrigue la esperanza de que escriba algo sobre Cuba, un párrafo, una línea, un poema, una declaración, que lo que diga, sea lo que fuere, no puede ser ignorado en mi país. El mundo leerá lo que Hemingway tenga que decir, lo leerá críticamente porque con ello ofrecerá una historia e incluso preparará el terreno en el que usted y nuestro nuevo presidente puedan encontrarse.

Si nuestro nuevo presidente es o no una buena persona, no lo sé. En los dos breves momentos en que hablé con él no me formé una idea de su naturaleza moral. Me dio la impresión de ser un hombre valiente y complicado; sin duda, es inteligente. Pero pensé que tenía un defecto al que no pude dar nombre. No un defecto interesante, maligno, decadente ni extraordinario, sino más bien la sensación de que estaba muerto y apagado en pequeñas zonas en que algunos de nosotros todavía estamos vivos. Es posible que no comprenda algunas de las emociones necesarias y vitales de la mayoría de la gente, o que carezca de ellas. Lo importante es que tenga la suficiente profundidad

de pensamiento como para comprender la magnitud del desastre que ha heredado aquí.

Si Estados Unidos tuviera alma y pudiéramos observarla, el paisaje de nuestra psique parecería gris, vacío, agostado por quince años de gobiernos sin alma, con los nervios marchitos por la gestión de hombres moralmente cobardes. Muchos de nosotros esperamos que Kennedy ayude a recuperar la vista a nuestra alma nacional, pero, naturalmente, no lo sabemos. No se quiere esperar nada demasiado pronto. Pienso que las declaraciones de Kennedy sobre Cuba durante la campaña electoral fueron inquietantes. Le quitaban a uno el entusiasmo que sentía por votarlo. Sin embargo, lo voté. Fue la primera vez que voté después de doce años. Su superioridad sobre el otro candidato parecía fuera de toda duda. Pienso que podría usted hablar con nuestro nuevo presidente, pienso que éste podría llegar a reconocer que si un hombre de la edad de Hemingway ha estado dispuesto a dedicar una parte importante de su tiempo a escribir algo nuevo sobre Cuba, la cultura del mundo —esa cultura que existe en toda mente cultivada— juzgaría a Kennedy en caso de que no respondiera o no reaccionara a la opinión de Hemingway (cualquiera que fuese) sobre nuestro país. Y Kennedy desea quedar como un gran hombre para los veredictos cultos de la historia.

Responda, pues, a esta carta, Fidel. Es muy importante para usted hacerlo. Si no recibimos ninguna noticia, eso significaría que ya no le importan quienes desean crear en usted, significaría que ha perdido todo interés en todo, salvo en su odio a Estados Unidos. De esta manera reforzaría a nuestros enemigos de aquí, que se sentirían encantados con su silencio y su odio.

Pero no creo que quiera usted darles esa satisfacción. Tal vez todavía crea en esa parte más extensa del mundo que continúa apostando por la posibilidad de que no triunfen ni Estados Unidos ni Rusia, que piensa que hay una tercera vía, que los futuros no están contruidos de antemano ni son los superestados los que mantienen vivas las civilizaciones, sino que la histo-

ria la hace más bien la gente, gente con más valor, más talento o más generosidad de lo que sería razonable. Usted no pertenece a los Estados Unidos ni a Rusia, sino al Nosotros de la Tercera Fuerza. En la medida en que existe y no pertenece a Estados Unidos ni a Rusia, lleva usted algo de vida a los mejores y más apasionados de los hombres y mujeres de la tierra, es usted la respuesta al argumento de los comisarios y de los estadistas según el cual las revoluciones no pueden durar, pues se corrompen o se devoran a sí mismas. Es usted el único que puede mostrar al mundo que un revolucionario no pertenece a nadie, que no es posible predecir sus acciones porque está poseído por una visión: el revolucionario sabe que el mundo debe mejorar sin respiro o de lo contrario no habrá humanidad, sino únicamente superestados, máquinas interminables y hombres vacíos que huyen de la noche presas del terror de la eternidad.

Como siempre, su hermano,

Norman Mailer

Village Voice, 27 de abril de 1961

¿A QUIÉN?

Podemos estar agradecidos a Kennedy por no haber agravado la estupidez de la Bahía de Cochinos con el envío de la fuerza necesaria para conquistar a Castro. Aún hoy estaríamos ocupando Cuba; todos los días se encontrarían cadáveres de soldados del ejército y de la marina de Estados Unidos caídos en emboscadas de la guerrilla en las montañas. Toda Latinoamérica y Sudamérica se estaría inclinando silenciosa y permanentemente hacia los comunistas. De esta manera habría quedado el camino expedito para que Jruschov cometiera una estupidez tan grande como la de Kennedy (cuando se enviaron misiles atómicos a Cuba, Jruschov devolvería a Estados Unidos los cincuenta años de ventaja política que Kennedy le había dado).

Lo de Bahía de Cochinos sigue siendo un misterio. Es dudoso que algún día se descubra cómo pudo haber sucedido tal cosa o cuál era en realidad la fuerza que se hallaba detrás. Pero para los misterios políticos hay un instrumento de investigación, la fórmula de Lenin: «¿A quién?». ¿A quién beneficia? ¿Quién se aprovecha de un acto determinado?

Pues bien, ¿a quién? Kennedy y el centro liberal no salieron honrados del episodio de la Bahía de Cochinos. Castro, con toda seguridad, no obtuvo ninguna ventaja, porque se vio finalmente forzado a entregarse por completo a Rusia. Sin duda, la izquierda norteamericana, esa hermosa nueva izquierda de pacifistas, *beatniks*, militantes negros y estudiantes universitarios que se limitaban a saber que algo iba mal, tampoco se benefició de la Bahía de

Cochinos, porque en ese momento la izquierda estaba dividida acerca de Castro, de igual modo que en la generación anterior los izquierdistas habían estado divididos por los juicios de Moscú.

No, los que se beneficiaron de ese episodio fueron los que deseaban que hubiera una grave amenaza comunista a ciento cincuenta kilómetros de la costa norteamericana. Fueron los que habían señalado el pequeño y a menudo absurdo Partido Comunista norteamericano y tratado de exagerar su amenaza hasta el punto de que el país quedara en silencio ante la mera mención de su nombre, como si hubiera recibido un culatazo. Habían influido este partido hasta que incluso el *Saturday Evening Post* ofreció pistas que apuntaban a que una gran parte del Partido Comunista norteamericano estaba a la sazón formada por hombres del FBI. Fueron precisamente estos miembros de la policía secreta los que habrían de afrontar un terrible dilema si la amenaza comunista desaparecía del todo en Estados Unidos. Porque, en ese caso, ¿qué harían ellos? Si no hubiera comunistas, se solicitaría al FBI que, por la lógica misma de su virilidad, se ocupara del segundo gran peligro para la vida norteamericana, a saber, la mafia. Y ¿cómo harían tal cosa, cómo investigarían a la mafia sin sacar a luz absolutamente todos los trapos sucios del Partido Republicano y del Partido Demócrata? Porque el Partido Republicano estaba sostenido por la mafia, y el Partido Demócrata también. De cabo a rabo: en el nivel más bajo, el de la extorsión de insignificantes cabecillas políticos y pequeños policías a los dueños de bares locales, y en el nivel superior, el de la subcontratación de monstruosos proyectos inmobiliarios y gigantescas autopistas. Sin duda, para ellos era más seguro que Cuba fuera comunista. Eso sería bueno para el FBI y sería bueno para los comunistas chinos, que aspiraban a incrementar la presión sobre las espaldas de Jruschov. ¿A quién?, preguntaba Lenin; ¿a quién beneficia? Y la respuesta es clara: la invasión de la Bahía de Cochinos y los misiles que le siguieron beneficiaron a todos los totalitarios del mundo.

Prefacio de «An Open Letter to John Fitzgerald Kennedy and Fidel Castro», *The Presidential Papers* (1963)